

028. Príncipes herederos

Al decir nosotros cada día que estamos pensando en Dios, expresamos una realidad y una aspiración. Por una parte, confesamos la realidad de nuestra vida cristiana que se centra en Jesucristo, en la Iglesia, en el Reino, es decir, de una manera u otra toda nuestra vida la queremos pasar y la pasamos, con la ayuda de la gracia, centrada en el Dios a quien amamos.

Si es cierta esta realidad, no es menos cierta que todo va dirigido a conseguir a ese nuestro Dios disfrutado y gozado para siempre en el Reino de los Cielos, donde veremos a Dios cara a cara, estaremos penetrados de su Gloria, tendremos con Dios una intimidad ahora insospechada, y eso será nuestro fin sin fin.

Dios, que es una realidad en nuestra vida de aquí, es también una aspiración ininterrumpida de la vida de allá, a cuya posesión aspiramos con todas nuestras energías. Somos candidatos del Reino de los Cielos, y sabemos que un día será nuestro el trono que Dios nos tiene preparado.

El príncipe heredero de un trono importantísimo, cuando aún no había buscado novia, tuvo la ocurrencia de decir:

- *Soy el soltero más codiciado de Europa.*

Lo dijo indiscutiblemente con toda razón, porque, como es natural, estaba orgulloso de su sangre azul, sabía lo que significaba el trono y las muchas que soñaban en compartir aquella grandeza.

Pero este príncipe heredero tenía que haber oído el comentario que, sin nombrarlo a él para nada, lanzó en nuestras tierras un joven obrero en la clausura de su Cursillo de Cristiandad, cuando dijo ante todos los asistentes:

- *Salgo de mi Cursillo sabiendo que soy un príncipe merced a tres HHH. Soy **H**ijo de Dios, soy **H**ermano de Jesucristo, soy **H**eredero del Reino del Cielo. ¡Soy un PRINCIPE!*

El aplauso de los presentes fue tan atronador que debieron oírlo en la mismísima Inglaterra. Pero, donde tuvo que oírse bien fue en el Cielo, puesto que Dios no tenía más remedio que ir preparando un trono digno para tan feliz pretendiente...

Este hecho simpático y ocurrente nos lleva ahora a reflexionar sobre nuestra vocación cristiana.

Porque es la misma Biblia por el apóstol San Pablo quien nos lanza la invitación y el desafío:

- *Discurrid sobre vuestra vocación y mirad quiénes habéis sido elegidos: no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Sino que Dios ha escogido lo necio y lo débil del mundo para confundir a los fuertes, a fin de que ninguno se gloríe sino en Dios (1Corintios 1,26-29)*

La política de Dios —vamos a decirlo así— es muy clara: quiere la salvación de todos; llama a todos; no excluye a nadie: ricos y pobres por igual son invitados a entrar en el Reino.

Pero Dios ha tenido y tiene sus preferencias: son los pobres, los que no tienen amarres a este mundo, los desprendidos de las cosas, los que no tienen a quien acogerse sino al mismo Dios.

Jesús lo proclamó desde el principio de su predicación:

- *¡Dichosos los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!*

Y María, iluminada por el Espíritu Santo, había dicho en su canto que Dios *derribó del trono a los poderosos y ensalzó a los humildes*.

Como tenemos que puntualizar muchas veces, esto no significa exclusión de nadie por parte de Dios.

Lo que pasa es que quienes están satisfechos de la vida no necesitan de Dios; Dios les importa muy poco; olvidan y dejan muy fácilmente a Dios, y se quedan fuera de los bienes del Reino...

En el mundo moderno vemos cumplirse esto de una manera consoladora y preocupante a la vez. La Iglesia Católica ha superado ya los mil millones de fieles. ¿Dónde está creciendo la Iglesia?...

Ya hace años que el famoso Obispo de la Televisión en Estados Unidos (Mons. Fulton Sheen) dijo que se acercaba el día en que la Iglesia se abriría hacia esas naciones del Este y del Sur asiáticos o hacia el África negra... ¿Por qué? Porque Occidente se ve metido en esa sociedad de bienestar que le hace olvidarse de Dios.

De aquí sacamos nosotros también una conclusión para nuestras tierras. Nosotros nos hallamos muy divididos en cuanto a los bienes de la vida. Unos muy ricos, riquísimos, y otros muy pobres, pobrísimos.

Pero, en el orden de la vocación cristiana, ¿no serán los pobres más ricos espiritualmente que los ricos de dinero, y los ricos de dinero mucho más pobres espiritualmente que los pobres que no tienen nada?... Es algo que nos hace reflexionar...

Pero, en lo que todos estamos equiparados por igual respecto de nuestra vocación cristiana, es en esto que nos reclama el mismo Pablo (Efesios 4,1):

- *¡A comportaros dignamente, conforme a la vocación que habéis recibido!*

Esto es lo importante de verdad. Lo demás significa poco. El más grande entre nosotros es el que luce mejor el vestido blanco del Bautismo.

¿El fin?... Lo sabemos muy bien, como nos dice Pablo:

- *Somos hijos de Dios, y, si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos con Cristo (Romanos 8,17)*

Total, que gracias a las tres HHH del simpático obrero, cada uno de nosotros dice con orgullo muy legítimo: Soy un PRINCIPE, soy una PRINCESA real, de la más alta alcurnia...